JOSÉ DE LA RIVA-AGÜERO.
Archeology of an Intellectual Generation (1900-1908)

Víctor Samuel Rivera[1]
Universidad Nacional Federico Villarreal
victorsamrivera@gmail.com
ORCID ID: https://orcid.org/: 0000-0002-6388-3096

Resumen: El presente texto es una viñeta biográfica relativa al entorno social e intelectual de José de la Riva-Agüero (1885-1944). Se trata aquí del tema de la así llamada «-Generación del 900-», grupo de inicios del siglo XX que tenía en José a su líder, y del que se dice irresponsablemente formaba parte el ideólogo católico Víctor Andrés Belaunde. Como se sostendrá que esto es falso, tratará de esclarecerse quiénes eran (socialmente hablando) los miembros a los que esta «-generación-» se refería originalmente. Antes que un grupo homogéneo de pensadores y críticos sociales, el lector encontrará una red inicial de aristócratas, una minúscula república aristocrática dentro de la mínima república aristocrática. Se abordará la evolución del entorno social de Riva-Agüero entre 1905 y 1908.

Palabras clave: Víctor Andrés Belaunde, Generación del 900, neurastenia, Alejandro Deustua, Francisco García Calderón

Abstract: This text is a biographical vignette related to the social and intelectual environment of José de la Riva-Agüero (1885-1944). This is

1 Estudió Humanidades y Filosofía en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es miembro de la Sociedad Peruana de Filosofía. Obtuvo los grados de maestría y doctorado en Filosofía por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ha publicado un centenar de artículos, comentarios de libros y capítulos en obras colectivas en diversos países de Europa e Iberoamérica. Muy involucrado desde hace dos décadas en el discurso de la Hermenéutica, ha publicado innumerables trabajos con esta orientación sobre temas éticos, políticos y de historia conceptual. En 2017, publicó «Tradicionistas y maurrasianos» en el Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú. De muy próxima aparición, su libro de filosofía política *Pensar desde el mal. Hermenéutica en tiempos de Apocalipsis*. Es profesor en la Universidad Nacional Federico Villareal desde 2005.

the subject of the so-called «-Generation of 900-», a group from the early twentieth century that had their leader in José, and of which it is irresponsibly said the Catholic ideologist Víctor Andrés Belaunde was a part. Since this will be held to be false, it tries to clarify who the genuine members of this generation are. Rather than a homogeneous group of social thinkers and critics, the reader will find an initial network of aristocrats, a tiny aristocratic republic within the minimal aristocratic republic. The evolution of the social environment of Riva-Agüero between 1905 and 1908 will be covered.

Key Words: Víctor Andrés Belaunde, Generación of 900, neurastenia, Alejandro Deustua, Francisco García Calderón

La leyenda del 900

José de la Riva-Agüero y Osma es uno de los más significativos pensadores políticos peruanos del siglo XX. La historiografía al presente lo considera como uno de los más representativos miembros de lo que se denomina Generación del 900, o bien Generación de 1905, en honor del libro de Riva-Agüero de ese año, *Carácter de la literatura del Perú independiente* (Riva-Agüero, 1905, *cf.* Sánchez, 1985; Castro y Oyanguren, 1920). Con «-Generación del 900-» se designaría un grupo de pensadores conservadores, todos contemporáneos, afrancesados, que giraron en torno de la Universidad de San Marcos de Lima; la nota distintiva del interés de esta selecta promoción de aristócratas habría sido el problema de la identidad nacional peruana; su mayor influencia reconocida: el uruguayo Enrique Rodó (*cf.* Loayza, 1990). Entre 1905 y 1919 Riva-Agüero fue la más notoria e influyente inteligencia social de su tiempo, esto si se toma como hitos referenciales la fecha de impresión de *Carácter de la literatura* y la partida de Riva-Agüero al exilio cuando un golpe de Estado, encabezado por Augusto Leguía, puso fin a lo que la historiografía denomina «-República aristocrática-» (1895-1919). Riva-Agüero y los del 900 fueron el fruto intelectual aristocrático de la República aristocrática.

Como miembro y líder de la Generación del 1900, Riva-Agüero es recordado en un extraño triunvirato de pensadores sociales, siendo asociado a Víctor Andrés Belaunde, el pensador social católico más re-

presentativo del siglo XX peruano en su tipo, así como por el más bien positivista y liberal Francisco García Calderón Rey (*cf.* Giusti, 1991; Peña,1987). En este texto el objetivo es recrear la atmósfera histórica y social del grupo generacional de 1905 como en realidad lo fue: un grupo de aristócratas jóvenes imaginando cuál podría ser el sentido y el rol de las élites de una Francia diminuta asentada en una inmensa geografía humana andina y española. Para comenzar, nada de triunviratos imaginarios. Para esto se ha recurrido fundamentalmente al enorme epistolario de Riva-Agüero acabado de publicar recientemente por el Instituto que lleva su nombre. Vamos ahora a desarrollar ahora algunas viñetas biográficas de José en este ambiente más bien emocional y social donde se gestó el grupo de amigos suyos «-Generación del 900-». El lector muy posiblemente se halle con un panorama bastante más complejo y diverso del que la historiografía, por comprensibles razones, ha simplificado y aligerado para el uso de los presentes.

Vaga una soledad entre Lártiga y Amargura

Hacia 1900 unos chiquillos inteligentes regresaban a sus casas después de clases. Iban a pie desde su colegio francés, que ocupaba el antiguo convento en la Recoleta de los Dominicos, hasta la Calle de Lártiga; pasaban por Amargura, Serrano, Cuenca y Castelbravo o de La Fuente. Caminaban entusiastas hablando entre sí: disputaban sobre la oratoria de Juan Donoso Cortés y Emilio Castelar; sobre las doctrinas esotéricas y políticas del conde Joseph de Maistre y la obra de Charles Maurras (*cf.* Rivera, 2010); leían en literatura a Rubén Darío, Ricardo Palma o Marcelino Menéndez y Pelayo (*cf.* Rivera, 2017, cap. I). Es conocida esta historia, básicamente entre Francisco García Calderón y José de la Riva-Agüero, que Ventura García Calderón, hermano de Francisco y notorio escritor de temas latinoamericanos y peruanos en el siglo XX francés denominó alguna vez el «-grupo de los cinco-»; el número «-cinco-» en una forma bastante arbitraria de contar. En la Recoleta, pero sin duda en los salones y banquetes de la Lima del 900, eran afines José y los hermanos Ventura y Francisco, pero también otros compañeros de carpeta que no han gozado al final del engreimiento social del recuerdo. Es interesante que Víctor Andrés Belaunde no se contara en este grupo, como algo natural si se considera que procedía de Arequipa.

Sea permitido ahora echar una mirada al trayecto entre lo que hoy es la Plaza Francia y la esquina de Teatro con Lártiga. Las casas de los García Calderón y Riva-Agüero se hallaban separadas de la Recoleta por la misma recta: los Riva-Agüero en la calle de Lártiga, los otros en la de Amargura, a media cuadra del colegio. Ambas residencias se conservan aún, casi de milagro, en un jirón donde la incuria resulta ser la exclusiva atiliana arquitecta. El palacete de Lártiga de trazo anterior, cubierto de acabados de los siglos XVIII y XIX, es un inmueble ejemplo de la majestad de la vida aristocrática durante la monarquía (*cf.* Puente, 2007-2008). Aunque se halla hoy esta casa restaurada y en valor, habría de ser abandonada pronto por la familia luego de lo que aquí se reconstruye, hacia 1911 o 1912, como resultado de unos problemas políticos contemporáneos a esas fechas; desde entonces la casa de Ramírez de Arellano, que es el nombre que ostentaba entonces por sus anteriores propietarios, los ancestros de la marquesa de Montealegre de Aulestia, tendría a lo largo del siglo XX uso como oficina, tienda, centro de reunión fascista, curiosa gasolinería con barriles (en uno de sus flancos) y también al final depósito y casa en abandono; hoy la residencia, completamente recuperada, es sede del Instituto Riva-Agüero.

Las techumbres peladas y las puertas podridas de la casa de García Calderón dicen casi nada de su era de esplendor, cuando la vivienda afrancesada (entonces tan «-moderna-») era la casa habitación de Francisco García Calderón Landa (1834-1905), presidente de la República del Perú durante la Guerra del Pacífico, en lo que se llama gobierno «-de la Magdalena-», pues ocupó la casa de campo del Rey ubicada en el pueblo del mismo nombre, hoy Museo Antropológico. Este García Calderón, padre de Ventura y Francisco, fue jurista insigne y llegó a ser rector de la Universidad de San Marcos justamente en los tiempos aquellos del colegio. En lo que queda aún del pórtico de cubierta de mármol de Carrara, en medio de dos tiendas de papelería, una placa de bronce; esta placa —memoria de su entonces recientemente fallecido propietario— nos recuerda uno de los primeros discursos públicos de José de la Riva-Agüero para la familia de su amigo, en 1905. La casa de la calle Amargura albergaba una enorme biblioteca encuadernada a la francesa; eran notables y envidiados sus jardines de enredaderas y perfumosas flores: hoy la casa García Calderón es un triste fantasma hospedando esforzada un tugurio semicomercial; conserva apenas pedazos

de los mármoles del pórtico y, con algo de terca discreción, también la placa de bronce, tan entrañablemente anacrónica. Aún las ruinas resisten orgullosas como agarradas de la placa puesta allí cuando José fue alcalde de Lima.

José se supuso a sí mismo desde siempre como un personaje surgido para la posteridad; tenía como figura histórica la costumbre de adelantarse a la historia de sí mismo de muchas maneras; de prevenir qué se diría de él en el futuro. Una de ellas era dar reportajes o reseñas biográficas, que son las fuentes más básicas para tratar de esta etapa de su vida. Las más famosas de las reseñas biográficas son un par de discursos suyos en el aniversario de su colegio, uno en 1932, el otro en 1942, ambos unos desafíos para el auditorio original, entre el aplauso y la ira; el de 1932 sería también el más trascendente de sus textos políticos y, como puede comprobar el lector, se articula como una narrativa infantil: un hombre que se piensa desde su niñez, en «-un breve resumen de mi proceso mental-» (*cf.* Riva-Agüero, 1933, p. 2).

Hay adicionalmente disponible, aparte de las autobiografías de José, una famosa entrevista concedida al periodista Alfonso Tealdo de 1941 ─impresa originalmente en la revista *Turismo* (Tealdo, 1941)─ con una muy notable inteligencia en formular preguntas y sustraer datos. Todos los documentos biográficos mentados hasta ahora deben sumarse a la colección de viñetas infantiles bajo el título *Añoranzas,* prólogo a un libro sobre curiosidades de Lima de Pedro Benvenuto Murrieta; Benvenuto fue un discípulo predilecto suyo, abogado, funcionario primero en la Universidad Católica, de la que llegaría a ser secretario general, y luego profesor de San Marcos. Todos los textos aquí aludidos dan importancia medular a la niñez; es notorio para quien frecuenta los testimonios sobre esta infancia que tenía de todo, aunque andaba curiosamente casi despoblada de niños. En una ocasión está consignada la frase «-castigué pronto insolencias-», lo que para nada debe entenderse como un ambiente de niñitos acogedores con quienes jugar a la ronda en el colegio francés de la Recoleta dominica.

Hasta hoy, los biógrafos no han insistido en la atmósfera de inmensa soledad que hay detrás del jefe generacional de 1905, que hasta ahora parece tan solo el amigo íntimo de una familia camino de vuelta del colegio. En la niñez temprana de Riva-Agüero, los hermanos García Calderón no solo fueron sus mejores amigos; fueron casi los únicos que

tuvo. Por ello, como recuerda Ventura, los tres eran como una suerte de república de pocos, una república aristocrática dentro de la ya muy excluyente república de señores y aspirantes a los ya entonces anacrónicos vizcondados y marquesados de la fresca era de la Monarquía. En efecto, para la infancia (y la adolescencia, incluso la juventud) de José, los García Calderón lo eran casi todo; el resto eran condes, marqueses, duques y criados, cocheros y pajes; también algunos notables, como Ricardo Palma, o el líder político Nicolás de Piérola, a quienes habría que sumar luego un par de profesores de San Marcos, como Pablo Patrón: todos ciertamente unos buenos adultos, pero nada de generación de 1900, sino más bien se diría de 1805, casi una momia de genealogía de amistades de su no joven mamá, la marquesa de Montealegre. Esta historia de soledad infantil y escolar se prolongaría de manera especial en el ambiente universitario que se abría pronto. El futuro marqués ingresó a la Universidad de Lima, la universidad «-mayor-», en 1902, encontrando una variopinta población juvenil que, en lugar de reducirla, ampliaba si más era posible el camino de amargura de su soledad.

Desde 1902, en que tiene Riva-Agüero su primer año lectivo, educación universitaria que se prolongaría hasta 1908, no hizo muchos amigos nuevos. Tenía entonces al final Riva-Agüero 23 años. En 1905 un quiebre de su ya frágil compañía emocional aceleraría y aun agravaría la situación. Ese año murió Francisco García Calderón Landa, más o menos repentinamente, y su hijo Francisco, en un arrebato de histeria, quiso matarse lanzándose al abismo desde el Puente de Piedra en el río Rímac. A este respecto, escribió Ricardo Palma (1833-1919) a Miguel de Unamuno el 19 de diciembre de 1905:

> Desde julio de este año empezó a sufrir el joven García Calderón de una neurastenia aguda que agrió su carácter y lo mantenía en perpetua lucha doméstica con algunos de sus parientes" (Kapsoli, 2002, pp. 248-249).

Como es fácil suponer, Francisco no estaba nervioso y pesado de trato solo con sus parientes, sino con el resto de la humanidad, allí incluido José. Palma mismo asegura que esto «-tiene muy afectado a Riva-Agüero-» (Kapsoli, 2002, p. 248). Convertido a un lenguaje más claro: José y Francisco muy posiblemente dejaron de encontrar dulces las ca-

minatas por Amargura. El carácter de Francisco, que ya era bastante complicado –como lo hizo notar Palma a Unamuno— se hizo especialmente insoportable para sus concercanos, dado el constante histerismo nervioso que iba de la mano de su dolencia. Por lo demás, el intento de suicidio es bastante inexplicable.

En efecto. El pedregoso Rímac de 1906 daba aún un grave tono geográfico a una ciudad barroca que apenas si tenía luz eléctrica, inocente aún de los afanosos ruidos mecánicos de la urbe moderna, apagada en la noche por innumerables gallinazos. Es increíble que el chico no se matara, considerando que el río, casi un manto de cantos rodados, no es ni ha sido el Sena; nunca de grandes caudales.

Los episodios trágicos de los García Calderón en 1905 marcaron la situación de modo definitivo del carácter del joven aristócrata, pues Francisco era extraordinariamente depresivo y con el asunto del padre muerto y el intento fallido de matarse su madre debió salir con él y sus tres hermanos a París. Amargura se quedaba vacía y se acentuaba la soledad de José. Por otro lado, el padre de Riva-Agüero, con quien todo indica no tenía una relación muy tierna, moriría semanas después del de Francisco. Los García Calderón eran en realidad su segunda casa y su biblioteca, la suya; el padre de Francisco y Ventura casi un padre para él, que tan a menos posiblemente tenía a su propio padre. La enfermedad nerviosa, la tragedia y el exilio médico de los García Calderón fueron casi la pérdida de su propia familia. En 1907 llega a confesar José en carta a Unamuno que él mismo se halla en un estado depresivo, motivado, sin duda, por la soledad extraordinaria en la que se había sumergido, en una cadena de eventos que parecían el presagio de una vida solitaria, como lo sería en realidad. Le escribe lo siguiente al sabio de Salamanca:

> A lo que más temo es a la depresión, a que esta rutina de la vida, a que este clima enervante me obliguen y me conviertan en uno de los tantos vencidos y resignados, infieles a su ideal, que arrastran una vida triste y trunca (Kapsoli, 2002, p. 293).

Los amigos de José, su biblioteca y sus discusiones sobre el conde de Maistre y Donoso Cortés desaparecieron de pronto junto con su propio padre, cuya ausencia natural esa atmósfera de ordinario compensaba. Para 1906 José, de buenas a primeras, y agobiado como estaba desde

siempre por unos estudios descomunales que él mismo se imponía, se quedaba ahora solo con su madre, la dominante señora María de los Dolores Carmen de Osma Sancho Dávila y Ramírez de Arellano.

La gran casa de Lártiga no quedaba tan sola; la familia ocupaba los altos y los bajos eran rentados, así que había otra gente qué frecuentar. Para 1906, junto a doña María de los Dolores Carmen de Osma y su hijo vivía también allí Rosa Julia, la solterona hermana de su madre, y había aún otros parientes que rodeaban el palacete. Estaba don Enrique de la Riva-Agüero y Riglos, notorio político, ministro que fuera y parlamentario, hermano del padre de José; también Francisco Moreyra y Riglos, aristócrata, poeta de ambición que no ha dejado mayor recuerdo, primo de Enrique y su padre. Por alguna razón, que sugiere resentimiento emocional, los únicos parientes efectivos eran los de la rama materna. Para desgracia del intelectual, lector compulsivo y orador genial desde su juventud, muchos de sus primos eran apenas unos ricachones; estaban allí, pero no eran, como tal vez sí algunos mulatos y frailes amigos de la casa, parte de la historia por escribir.

De este tiempo hemos recogido el testimonio de José de la Puente Candamo, historiador a quien hemos entrevistado entre 2009 y 2011, y cuyas observaciones hemos considerado para diversas investigaciones relacionadas con el 900 y don José, a quien de la Puente conoció en vida como parte de su entorno familiar y en cuyo sepelio fue uno de los jóvenes que cargaron el féretro. Por don José de la Puente sabemos de un especial afecto y amistad hacia las fechas que aquí interesan con su primo y coetáneo, Julio Carrillo de Albornoz.

Como sea, nada de lo que sabemos del entorno emocional y social de José en la época en que los cinco lo dejaron en soledad para irse a París, nada nos hace pensar que el personaje de 1906 fuera un jovencito muy feliz así como quedó después de la partida de los García Calderón, rodeado de su madre viuda, más sus parientes y conocidos mayores; sin duda, los amigos que emigraron a París le hacían falta, siendo sus parientes cercanos no tan aficionados a las letras, al místico conde Joseph de Maistre, Anatole France o Federico Nietzsche. Se hacía necesario buscar nuevos amigos, una actitud dura socialmente en la diminuta y señorial Lima de 1908. Había que salir de la pequeña república aristocrática dentro de la República aristocrática. Tal vez también había que buscar una novia. Intentó ambas posibilidades. La segunda es la historia de una rela-

ción neurótica con María Heudebert, que terminaría literalmente muerta de amor por él en la década de 1920. Nos restringimos por cuestiones de cronología ahora a la primera de ellas, esa república chiquita de aristócratas, ajustada bien al periodo 1905-1908.

Neurastenia entre *cinco*

Riva-Agüero ha escrito crónicas y autobiografías en que aparece como un chico extraordinariamente solitario. Detrás hay, sin embargo, como ya sabemos, una leyenda historiográfica: una generación de amigos brillantes, un íntimo grupo de mentes privilegiadas; la idea del chico solitario apunta al líder más bien incomprendido de una comunidad. Esto es lo que pintan más o menos *Añoranzas*, la entrevista a Alfonso Tealdo y los esbozos autobiográficos del ex alumno de la Recoleta dominica. Ahora sabemos que compuso esos detalles de su pasado para distraer nuestra atención, la atención de sus futuros, ante quienes deseaba simular u ocultar la memoria. De hecho, a pesar de lo antes señalado sobre los amigos, los hermanos García Calderón no eran los únicos niños limeños que había tratado José en su infancia, ni los únicos recoletanos que habían sido amables y buenos. El problema es que no todos los amigos infantiles eran mentes privilegiadas como sin duda lo eran Ventura o Francisco, sino unas mentes medianas y más bien bajitas que eran más amigas de José de lo que lo podían ser de su posteridad.

Unos amigos ordinarios los del 900. Ricachones, poderosos, aristocráticos y bien encastados, pero nada de lo que José ambicionaba para el recuerdo de su mundo de escritores, libros encuadernados y parisinos cafés para sabios. Esto puede documentarse claramente no con sus testimonios autobiográficos, que a veces ni toman en cuenta a los amigos de la más tierna edad, sino con textos que, o bien no estaban destinados para la publicidad, o que bien son de la pluma de un tercero. Esto se verifica tanto en el examen de su correspondencia privada como también a través de memorias posteriores; este último es el caso de los raros folletos *In Memoriam* (García Calderón, 1944) y *José de la Riva-Agüero, recuerdos* (García Calderón, 1946), redactados por Francisco, que por algo Jorge Basadre los atribuyó a cierta demencia senil de Francisco; también es fuente el folleto *Nosotros*, testimonio de su hermano Ventura referido a su grupo generacional, sus lecturas y amigos (García

Calderón, (1946 [1936]). Los documentos autobiográficos de Víctor Andrés Belaunde son también una fuente útil, aunque debe decirse que Belaunde, que redactaría las *Memorias* de esta juventud en tiempo muy lejano, medio siglo después, era comprensiblemente otro escritor que se cuidaba del recuerdo social que deseaba los futuros tuviéramos.

En realidad José y los hermanos García Calderón hacían un grupo compacto de amigos con otros tres compañeros de colegio, aunque tal vez no todos fueran dignos de postular al Premio Nóbel, como lo fuera Ventura, o grandes académicos de España, como pronto lo sería el mismo José en la década siguiente. El hecho es que, hacia 1908, todos y cada uno de los recoletanitos, tarde o temprano (más temprano que tarde) acabarían también en la capital de Napoleón III; a la postre, volvemos siempre al cuadro de soledad crónica de José, pues también se le irían esas figuras más chiquitas de su vida. Este cuadro se agrava con las solicitudes de una madre posesiva y absorbente, y ahora además viuda. Doña María de los Dolores, de rancia genealogía nobiliaria, y descendiente del primer alcalde de Lima, Nicolás de Ribera el viejo, era muy consciente de la herencia social que ostentaba su familia de la vieja monarquía peruana; esto sin duda no facilitaba mucho que digamos la integración de nuevos amigos cuya procedencia social no pudiera garantizar un buen genealogista (*cf.* Riva-Agüero, 1921, pp. 93 y ss.). Esta madre desconfiaba excesivamente de los nombres bajos, en cuya casa resultaban incómodos y hasta feos. Tenemos el testimonio de Francisco, que lo detalla así en el bastante desvergonzado texto de *In Memoriam*.

De hecho, tanto Ventura como Francisco adivinaron la soledad horrenda que agobiaba a su amigo, solo en su gran casa, y porfiarían en reintegrar al grupo del colegio en París, incluso desde apenas llegar allí los hermanos en 1906. José, desinteresado en un inicio en estos ruegos por ayudarlo, terminó planeando el viaje a la ciudad de los Luises desde 1909, cada vez sin éxito, con más y más retrasos que le imponían sus planes académicos y su madre posesiva. Su idea era llevar a cabo el viaje al final de la composición de las tesis de historia y filosofía política que tenía proyectadas desde 1905 y que terminaría, sucesivamente, en 1910, 1911 y 1912. Ese año pospondría el viaje a París por causa de su madre, que deseaba ir por las famosas aguas de Vichy, como hacía entonces la pujante nobleza europea, pero que no parecía estar ella misma muy apurada en llegar por sus beneficios. José comenzó a padecer ya seriamente

de los nervios, como todo Lima de esos años, al parecer.

En efecto. Locos todos por la psicología, una ciencia en nacimiento; todo se explicaba, humores, pasiones y suerte, por el carácter psicológico (sería mejor decir psiquiátrico) de la miserable víctima; el positivismo de la época hacía natural que las personas tensas o aburridas se autodiagnosticaran con ese término que Palma usaría para describir a Francisco, y que hoy suena extraño: «-neurastenia-». Los García Calderón tenían el plan de compartir la Ciudad Luz entre todos, rehacer una Lima chiquita en una ciudad más grande, una nueva republiquita aristocrática mejorando la calidad de los criados, el café y la gastronomía. Los nervios podrían seguir siendo inquietantes en la era de la invención de la psicología, pero si alguno de suicidarse hubiera, que fuera desde Pont Neuf donde, a diferencia del Puente de Piedra del Duque de la Palata, había agua debajo suficiente para ahogarse.

Ventura alguna vez llamó a sus amigos del colegio «-el grupo de los cinco-». Aparentemente no se contaba a los hermanos García Calderón, o se contaba a todos de manera más o menos difusa y acomodaticia. Entre los cinco se trataba con certeza de Carlos Zavala Loayza, Manuel Gallagher, Mansueto Canaval (primo del anterior) y Raymundo Morales de la Torre que, sumados a José (y Ventura, que quizá sin notarlo, excluía así a su hermano), daban cinco. José de la Puente, en el grupo de entrevistas que se le hizo, incluye en el grupo al que sería notable psicólogo Constantino Carvallo; de la misma manera lo hace también en 1944 Francisco García Calderón, siendo de lo más extraño que no haya testimonio escrito de ello en la correspondencia. Si añadimos a Francisco, el grupo de los cinco contaba al menos con *siete* miembros.

La correspondencia de José sugiere que es posible que los cinco hayan sido más amigos de Ventura que de su hermano, tal vez porque los cinco del grupo habían nacido en torno de 1885, mientras su hermano Francisco era de 1883, diferencia la cual es muy importante en la edad juvenil y la infancia; otro factor a considerarse es que la mayoría de los cinco eran lectores más ligeros y menos problemáticos de carácter que Francisco. Eso sí, todos con pretensiones intelectuales y artísticas. En todo caso, es evidente por la correspondencia de José con Ventura que, a fin de cuentas, estos «-cinco-» no eran tan amigos de Francisco como lo eran de su hermano. El propio Ventura enumera los miembros en carta a José de octubre de 1906: Junto a José (y él mismo, naturalmente)

cita a «-Raymundo, Manuel, Zavala, Pancho, yo y quizás algunos otros-» (Riva-Agüero, 1961-2019, vol. XVI, p. 774). Rápidamente se da cuenta Ventura de que la suma no da cinco. Y es que al incluirse a sí mismo o a su hermano o a ambos, el número ya no cuadraba. Como sea, «-Yo que tengo mucho espíritu de cuerpo-» –agrega en 1906, lleno de nostalgia por la separación reciente— «-considero-» «a este núcleo de amigos-» «-como una pequeña comunidad independiente-» (*Ibíd.*).

Ventura: la metáfora política de la pequeñísima república de escogidos: el grupo constituía un reino independiente, autosuficiente, en el sentido conocido de la autarquía comunitaria en el Libro I de la *Política* de Aristóteles. Por lo demás, ninguno de los recoletanos del grupo de los cinco o sus allegados (si no contamos ni a José ni los hermanos Francisco y Ventura) pasaría a mayores en el mundo del pensamiento. Le iría mejor a Constantino Carvallo, pero es muy probable que este recoletano se acercara a la intimidad de Riva-Agüero recién en el tiempo de su madurez, lo cual explica el recuerdo de José de la Puente, en calidad de que Carvallo era recoletano, como el propio profesor De la Puente.

Es posible que Mansueto Canaval fuera la promesa más notoria de entre los amigos Generación del 900/ grupo de los cinco que quedarían perdidos en la mediana oscuridad. En 1913, en un evento del colegio Recoleta, se le otorgó la palabra a Canaval, junto a José, en calidad de gran orador de su promoción; esto indica bastante, considerando que Riva-Agüero estaba en el pináculo de su fama académica y social juvenil y era ya autor de cuatro libros e innumerables discursos y folletos. En 1913 acompañar a José era un reconocimiento y un gran prestigio. Debe agregarse que José era un estupendo orador; desde su más tierna infancia fue admirador de la oratoria romana; se sabe que tenía en casa los libros de oratoria de Emilio Castelar, que leyó desde niño (y aún se hallan en la casa Ramírez de Arellano), y que en el colegio se leía como cosa común los discursos parlamentarios de Juan Donoso Cortés. La oratoria en general era un género literario muy apreciado en el 900. Mariano Cornejo, maestro de sociología de San Marcos, parlamentario y diplomático, publicaría dos tomos de ellos, y lo mismo Matías Manzanilla, político y escritor a quien se apreciaba precisamente por su talento en hacerlos para el Parlamento. El lector puede tener la certeza de que si Canaval fue elegido para dar un discurso en 1913 junto a José, su talento personal y las expectativas sociales sobre su persona no deben

haber sido muy escasas.

Veamos el destino de algunos de los otros «-cinco-» que no sumaban cinco. Comencemos con Raymundo Morales de la Torre. Ya que amigo de Ventura, el escritor, se esperaba de él un futuro literario, escribiendo algo. La biografía de José y su correspondencia dan en cambio una imagen patética de triste mediocridad.

El episodio más significativo de Morales en la correspondencia de Riva-Agüero tiene que ver con un ilícito. Morales se fue a París en 1908. Riva-Agüero –para 1908 apenas un adulto joven— le encargó 500 francos para comprar libros, que buscaba infructuosamente en Lima para sus tesis de historia política y derecho. Nunca los devolvió (y se hace referencia aquí a los francos, que no a los libros). Como ya sabemos, Francisco (quien recibió a Morales) sufría de neurastenia, el mal de moda de los limeños bien nacidos. Pero en él las crisis nerviosas se debían a una sobreexigencia académica, a una lectura compulsiva, a que leía mucho, variado y sin descanso, una actividad que lo dejaría pronto casi invidente, de por vida y que quizá sea parte del acuso de recibo cuando acabó chiflado en un nosocomio para enfermos mentales antes de morir. Raymundo, el hombre de los 500 francos, acusa también neurastenia temprana, depresión y ansiedad. El mal estaba relacionado en este caso, sin embargo, no al estudio, ni a la lectura desproporcionada, sino a la angustia por el despilfarro y la vagancia; José abandonaría paulatinamente su trato con él hacia 1920, cansado tal vez de sus cartas histéricas, en las que andaba siempre pidiendo dinero y prebendas estatales, lamentándose por todo y quejándose de sus interminables depresiones.

Carlos Zavala y Loayza recibió de Ventura la dedicatoria impresa de su primera obra, *Frívolamente* (1908). Esto no necesariamente es un halago, dado que Ventura no apreciaba mucho su primera obra en el momento de mandarla a la imprenta, y de hecho podemos decir que la despreciaba, como hizo saber a José, a quien más o menos que se la ocultó. Carlos Zavala pasó la juventud —que Francisco dedicara a escribir sus mejores libros— buscando que le concedieran una pensión diplomática, ya que el dinero y el vicio por el gasto, como a Raymundo, tampoco le eran indiferentes. Pasemos a Gallagher y Canaval.

Manuel Gallagher Canaval habría sido lo mejor de su generación de no haber existido para hacerle sombra José, Francisco y Ventura. Gallagher llegó a ser un notable abogado y ministro de Estado en su

madurez y acompañó de manera privilegiada a José en su sepelio. Su primo Mansueto, por otro lado, de los cinco el que más tardaría en tener la suerte de ir a Europa, una vez instalado, sería también el más apegado a quedarse para no volver. Años después este mismo Mansueto Canaval sería ministro de Estado y, por las paradojas de la vida, sería representante del gobierno en el funeral de José, precisamente en cargo de haber sido su amigo en esa comunidad de cinco-difuso que le regaló el colegio. Zavala y Mansueto Canaval pasarían, el resto de la vida, de amigos íntimos, a amigos sociales; el último encajaría al final mejor y más en el grupo femenino y alhajado de amistades de doña María de los Dolores Carmen de Osma, después marquesa de Montealegre de Aulestia, que en el erudito grupo de los chicos discutidores de la Recoleta. Con este prontuario, debe quedar clara una cosa: es normal esperar que José, que desde jovencito estuviera muy interesado en su imagen histórica y que creyera de sí mismo el derecho a la dignidad del recuerdo de Nicolás de Ribera el viejo, el conde de Vista Florida o el Inca Garcilaso, o algún otro de sus primos, y omitiera a los recoletanos oscuros de su círculo de amistades de infancia y juventud, e incluso ya hasta de sus recuerdos escritos. El propio Ventura es bastante parco con estos amigos en su crónica de 1936, *Nosotros*, donde los pinta claramente como una partida de fracasados y mediocres.

Nosotros es la obra de Ventura que más desventuradamente habla de la Generación del 900 y de su líder, don José. Es tan severa esta obra contra el grupo generacional que sus enemigos sociales no la han superado ni en crueldad ni en veracidad.

Como ya sabemos, Riva-Agüero sintió mucho la dispersión (casi un éxodo) del grupo luego de la salida de Francisco. Desde 1906 el pensador de Lártiga había empezado a tener depresiones severas, sus primeras depresiones, fruto de la falta de entorno humano íntimo, del que apenas quedaba Mansueto, por lo demás, aparentemente, el menos interesante de todos sus amigos. Las amistades infantiles recoletanas alterarían su intensidad y frecuencia, de tal manera que, sin temor a la exageración, podemos distanciar a estas de José desde fecha tan temprana como 1907. Ese año Raymundo, el de la historia de la estafa de los 500 francos, acompaña a París a su hermana Lastenia Morales. Lastenia era una neurótica notable, que fue enviada allí por su médico de Lima con la esperanza de que se relajara o viera a un especialista (pues París no

parece lugar para relajarse): más o menos los mismos motivos por los que los García Calderón habían viajado allí un año antes y por los que José iría con la poco quieta de su madre. Diversas formas de depresión e histerismo, según vemos, estaban a la moda en el 900. Estaban de moda también los psicólogos, los fármacos y las terapias y los amigos de Riva-Agüero eran los lectores de sus obras clínicas y de crítica social.

1907 es una especie de hito en la interpretación social del histerismo entre las clases pudientes de Lima, así como del mundo transatlántico al que pertenecían (y cuya capital, como imagina el lector, era París). Era la época de Théodule Ribot, John Stuart Mill, Henri Bergson y Guillermo Wundt, psicólogos muy apreciados en el encopetado mundo académico de San Marcos. La psicología se acababa de inventar a fines del XIX, estaba de moda y era común que la vieja gente de mentalidad europea contrajera los síntomas de sus científicos hechizos. El cuadro de la enfermedad que había llevado a París a Lastenia Morales debía haber sido bastante fuerte, pues conmocionó a Ventura, Francisco y José, que lo tomaron como una tragedia comunitaria. Riva-Agüero escribe a un pariente sobre el fatídico sino de una carrera que él había pensado llena de los suyos, que iban desapareciendo, que se iban chiflando a vivir en París. Es posible que este proceso de locura parisina colectiva haya empujado, más que ningún otro factor, a que José se hiciera de amistades nuevas, algunas de las cuales serían determinantes en la historia del siglo XX peruano.

Se puede citar aquí a dos muy significativas personalidades en la historia política y social del siglo XX: José Gálvez, periodista y poeta discutibilísimo, así como Víctor Andrés Belaunde (1883-1966), sociólogo, político y filósofo, una auténtica personalidad universal del Perú de su tiempo. Nos ocuparemos de ambas figuras ahora en el orden en que los ha ornado la posteridad.

1908: un amigo llega de Arequipa

Hacia 1908 Víctor Andrés Belaunde regresaba de España. Había estado allí para cumplir con una misión diplomática. Regresaba lleno de orgullo y entusiasmo, impregnado del temperamento de la Generación española del 98, cuyo pináculo de fama había experimentado en su residencia en Madrid desde 1904 (*cf.* Belaunde, 1967, vol. II, pp.1020-

1021). Riva-Agüero terminaba ese año sus estudios de Derecho y Ciencias Políticas; se habían conocido ambos en realidad desde el primer año en la universidad; se trataba de un reencuentro bastante afortunado, pues el diplomático Belaunde tenía ahora mucho de qué conversar con el solitario y nervioso personaje de Lártiga, ansioso de comunicación.

El José de 1908 estaba ansioso, desgastado, pero –sobre todo– muy solo. No había hecho contactos sociales muy sólidos aún Belaunde, arequipeño que, aunque de origen encumbrado, procedía (comparado en fortuna con los señoritos de la Recoleta), de una vida dura, de un padre quebrado y perseguido políticamente; un personaje de un tipo que resultaba no tan atractivo en la casa de doña María de los Dolores Carmen de Osma. Belaunde descendía, como los García Calderón, de un presidente de la República, pero su familia provinciana se había visto afectada por cuestiones políticas y estaba relativamente arruinada. Los «-cinco-» parecían no apreciar mucho a este arequipeño que no leía en francés, pues lo trataban (y no pasaba para esas fechas de) «-ese muchacho-». Belaunde, «-ese muchacho-» tendría una impecable carrera académica como sociólogo, filósofo y diplomático, y se convertiría en una de las más importantes figuras políticas e internacionales del Perú del siglo XX. Belaunde llegó a ser pronto todo lo que ninguno de los recoletanos, excluyendo a José, Ventura y Francisco, había logrado ser para fines de la primera década de 1900.

Viendo desde lejos, resulta inconcebible comparar la vida del Belaunde de 1908 con la de cualquiera de los encopetados recoletanos que lo excluían, con la de Mansueto, Manuel o Zavala, del asténico Raymundo e, incluso, del literato más que mediano que aún no lograba ser, sin duda, Ventura. Francisco, en una memoria que da largo espacio a las relaciones sociales en este periodo, no se refiere para nada a Belaunde, con quien, sin embargo, tuvo trato bastante fructífero entre 1902 y 1906; esto sin duda sugiere un aprecio no muy grande por la persona del católico de Arequipa. Las *Memorias* de Belaunde, en cambio, hacen de Víctor Andrés uno de los miembros ciudadanos de la república aristocrática chiquita de la Calle de Amargura. En lenguaje prestado del *Nosotros* de Ventura, las *Memorias* hablan de «el grupo», y también de quiénes se integraron y fueron retirados de él. Desde la actualidad, parece bastante lógico creer que Belaunde era «del grupo» de recoletanos, aunque los conociera no del colegio, sino de la universidad. Por esas distorsiones

características del significado político de las historias contadas, la historiografía posterior a la segunda mitad del siglo XX llegaría a darle a Belaunde en este «grupo» mayor relevancia que al propio José; «este muchacho» parece –contado desde su propia memoria— más decisivo en la vida de Riva-Agüero de lo que los documentos nos permiten afirmar.

Sea como fuere, Víctor Andrés Belaunde, el novecentista, pertenece a la hornada de nuevos amigos que José adquiriría a partir de 1908. Amigos mestizos, como Julio César Tello; amigas mujeres, como Zoila Cáceres; amigos de izquierda, como Dora Mayer o Pedro Zulen. Belaunde, de impecable familia arequipeña, llega a la vida de José entre los moros y las mozas.

Las *Memorias* de Belaunde bosquejan un pasado del 900 que no se parece mucho a lo aquí anotado. Posiblemente, para tratar de afianzar la idea de que hubo un grupo de amigos, la Generación del 900, cuyo eje de contacto fue la experiencia estudiantil en la universidad y no la Recoleta, que es lo que aparece en las autobiografías de José, Francisco y Ventura. Lo cierto es que, aunque José y Víctor Andrés se conocían desde 1902, no fueron amigos en realidad sino hasta después de 1908; de ninguna manera como parte de los «-cinco-», pues los García Calderón estaban con Raymundo en París y todas las historias comunes en ese sentido habían terminado. No había manera de juntar socialmente en 1908 a Víctor Andrés con los que ya estaban para entonces ausentes.

Tal vez fue así como ambos se conocieron, dado que la fecha de 1902 no puede ponerse en duda. Ese año Belaunde asistió, como parte del público, a una actividad académica en San Marcos, que sería decisiva. Se trataba de una oposición académica que se daba como parte del curso de Historia de la Civilización. El alumno Alberto Jiménez Correa debía defender el rol del catolicismo en la conformación de la civilización europea, mientras que a José le tocaba rebatir tal tesis sobre la base de las ideas al respecto de Federico Nietzsche, entonces de moda (en Francia y, por lo mismo, en ese París enano que era Lima). Belaunde, hombre sumamente religioso, era más cercano a Correa que a Riva-Agüero, pero admiró sin embargo el estilo y la fuerza persuasiva del joven nietzscheano. Belaunde no sabía entonces gran cosa del filólogo alemán, mientras José era un asiduo consumidor de sus obras en francés desde que estaba en el colegio. Podemos imaginar al Belaunde de 1902 acercándose tímido desde el público al brillante aristócrata al final de la oposición para

objetarle –ya en privado— sus atractivas opiniones, tan diversas de las suyas, que eran conservadoras y medio hasta españolas. El recuerdo de Belaunde es sin duda bastante entusiasta con el encuentro:

> A pesar de ese disentimiento –y quizá por él— su actitud hacia mí no sólo fue de curiosidad, sino de deferencia y estima. Aquella noche nació una amistad que nos acompañaría toda la vida, hecha de coincidencia de ideales y de actitudes, a pesar del contraste de temperamento y carácter (…). Nos unía el amor a la historia, el sentido de la tradición patria, el afán de buscar el punto de vista filosófico y el gusto por la expresión elegante (Belaunde, 1967, vol. II, p. 278).

Belaunde redactó el texto que hemos citado en la década de 1960, cuando José llevaba casi dos décadas de fallecido, frisando ya la remotísima ancianidad, y es muy probable que esta circunstancia lo haya empujado a exagerar algunos detalles, para no decir que a mentir. Los más importantes: la amistad y la coincidencia doctrinaria en el tiempo del incidente. Para comenzar, no es exacto que su amistad se iniciara esa misma noche de la oposición. La correspondencia y los testimonios de terceros que se ofrecen alrededor de ella no dan pista ninguna para afirmar que esa reunión a la salida del Curso de Historia de la Civilización desembocara en una amistad fraternal. Si la prueba de los testimonios de la (monumental) correspondencia privada no pareciera concluyente, lo es en cambio su completo anonimato en nuestro texto guía: las dos desfachatadas memorias de Francisco sobre las relaciones sociales y las amistades del «-el grupo-» hacia 1905 *In Memoriam* (*cf.* García Calderón, 1944, pp. 23 y ss.).

En el texto de Francisco de 1944 se da detalle exhaustivo de todas las amistades frecuentadas por Riva-Agüero y su familia; lo que se recuerda y se hace «memoria» es del carácter social de José y el entorno que lo justifica en sus ideas que entonces, 1944, un año antes del notorio fin de la Segunda Gran Guerra, parecían para la historia ya ranciamente aristocráticas y retrógradas. No debe extrañarnos que los datos de esas memorias completen y se acomoden a la historia del grupo de los cinco que ya conocemos por medio de las cartas con Francisco y Ventura, que por ser privadas son más fiables que las *Memorias* de Víctor Andrés, maliciosas en esto, ya que destinadas para construir una memoria intencio-

nal en el futuro. Virtualmente, en *In Memoriam* encontramos a todos los personajes que hemos antes mencionado: se hallan Raymundo Morales, Mansuelo Canaval, Carlos Zavala, Contantino Carvallo, etcétera y otros nombres más de amigos que no ha de considerarse ya ni cercanos ni de «-los cinco-». También encontramos los nombres de las bellas damas que los acompañaban para ir haciendo pareja (*cf.* Rivera, 2017, cap. I). El texto no cuenta con una sola línea reservada allí para el filósofo y diplomático arequipeño que, para el año de redacción de *In Memoriam,* era ya una figura célebre en el mundo académico, literario y diplomático, lo cual hubiera sido un buen motivo para agregarlo. No estaba en la fiesta. Así de sencillo.

Dado que la memoria de Francisco fue redactada en 1944, el silencio de su nombre es aún más enfático: se hizo cuando Belaunde era ya una figura intelectual consagrada, cuando era famoso, incluso cuando ya había sido su íntimo amigo y le había redactado prólogos, compartido empresas patrióticas e incluso vínculos de familia, algo que no vale para la gran mayoría de los anteriores, que ya para entonces no tenían con él ninguna comunicación. La amistad entre Belaunde y Riva-Agüero pues, no se inició en 1902. En realidad no habría trato frecuente sino hasta después, hasta 1908, para ser más precisos.

Volvamos a las afirmaciones de Belaunde. Resulta palmariamente inexacto afirmar como hace el filósofo de Arequipa que «a pesar del contraste de temperamento y carácter» hubiera desde 1902 una «coincidencia de ideales y de actitudes». Esta coincidencia no era tal cosa en 1902, aunque habría cambios a lo largo del tiempo, con cierta afinidad intensa en la década de 1930, en que compartieron entusiasmo en cosas españolas, que tanto gustaban a Víctor Andrés desde chico. En el largo plazo habría verdadera amistad, aunque también conflicto, como lo hubo al final cuando le quitó la palabra a Teresa Moreyra (la esposa de Víctor Andrés, y esto por no ser aliada del mismo bando en la Segunda Guerra Mundial), y luego a él mismo (por el mismo motivo, pero esa es ya otra historia que quizá nunca se ha de contar).

Conversación en 1902 después de salir de una conferencia, seguramente a la puerta, y quizá continuada excepcionalmente en la casa Ramírez de Arellano. Una lectura entre líneas nos revela rápidamente que el motivo de la conversación de 1902 fue más bien el «-disentimiento-» que la «-coincidencia-», que en ese momento el «-disentimiento-» era

tema mayor para Belaunde: la religión; era el diálogo entre un católico y un joven radical; el primero era lector de Jaime Balmes y el cardenal Mercier mientras el segundo lo era de Manuel González Prada y Nietzsche, por no citar a autores anticlericales algo olvidados hoy, como José María Guyau y su *L'irréligion de l'avenir*. Belaunde era firme demócrata, y en cambio José un aristócrata nietzscheano, un maurrasiano de raras ideas monárquicas: de ideales análogos, pues, nada de nada. José no daría signos de cambio de postura en materia de religión sino después de 1906, cuando Belaunde estaba en España, sin mantenerse entre ellos contacto epistolar: es notorio que Belaunde y Riva-Agüero no se escribieron durante los cuatro años de ausencia del arequipeño. Al mismo tiempo, José se carteó con los García Calderón entrañablemente, y con Raymundo, Canaval, etcétera, es decir, con los cinco y Belaunde no fue casi nunca, motivo de charla en esas cartas, en calidad de «-ese muchacho-». Hay que forzar mucho la historia para decir de Víctor Andrés Belaunde que habría que considerarlo realmente parte de «-el grupo-», eso no importa nada que alegara Belaunde en sus *Memorias*.

Con toda certeza es correcta la frase final del párrafo de las *Memorias* de Belaunde que estamos acotando: «Nos unía el amor a la historia, el sentido de la tradición patria, el afán de buscar el punto de vista filosófico y el gusto por la expresión elegante-». Lo más probable es que lo que los uniera más intensamente en 1902 fuera lo último, ya que nada de lo anterior. Belaunde sin duda tenía gusto por la historia, pero era José el historiador y no él; a José nunca le interesó mucho en cambio lo «-filosófico-», que para Belaunde fue siempre una referencia esencial. Belaunde y Riva-Agüero, pues, antes de 1908, deben reputarse como meros conocidos. Pero si cupiera alguna duda, contamos con la confesión involuntaria del mismo Víctor Andrés que, como buen católico, puede llegar a ser un buen amigo de la verdad.

En efecto. Retrayendo su memoria hacia el año de su partida a España: «-Riva-Agüero –escribe más adelante en el mismo texto—, entregado a la preparación de su tesis magistral, llevaba una vida recogida-» (Belaunde, 1967, vol. I, p. 285). Esto quiere decir: mientras «-preparaba su tesis magistral-» no se veían mucho (aunque sí que se veía en casa de Felipe Barreda con Carnaval, Gallagher y Raymundo). Víctor Andrés y José; no se veían, simplemente. Ahora recordemos a qué tesis se refiere; por «-tesis magistral-» hace una referencia al libro de 1905. Por ahora nos

baste saber que, con toda certeza, esta tesis comenzó a elaborarse recién desde 1903. Eso quiere decir que, según testimonio del propio Belaunde, José estaba *muy ocupado* desde que se conocieron en 1902 hasta el año de su salida a España, en 1904, motivo por el cual no lo pudo frecuentar. En realidad: habría que precisar que Belaunde no lo podría frecuentar hasta su regreso de Europa, o sea, hasta 1908. Sabemos por García Calderón y por la correspondencia que este diagnóstico es inexacto en cambio para el «-grupo de los cinco-». Si pensamos en los Canaval, Morales, García Calderón, etcétera, esto es, los amigos de la Recoleta, para ellos sí que había tiempo en comidas a las que Belaunde no estaba invitado (Rivera, 2017, cap. I). Pero volvamos a 1908.

Es 1908. Belaunde regresa a Lima de una estancia diplomática en España. Riva-Agüero terminaba ese año sus estudios jurídicos. Era tiempo para auxiliar la depresión que había ido adquiriendo desde 1905, en que muere su padre y fallece también el de Francisco y Ventura. Quedaba atrás entonces la «-tesis magistral-» de literatura y pensamiento social peruano, *Carácter de la literatura*. Estaba para entonces ya embarcado en la composición simultánea de otras tres tesis: *La Historia en el Perú*, que saldría a la imprenta en 1910, pero también de dos estudios jurídicos que le valdrían los grados de bachiller y doctor en Jurisprudencia respectivamente, en 1911 y 1912 (Riva-Agüero, 1911; 1912). Belaunde había devenido entretanto en amigo de José Gálvez, y esto sí que le significó una puerta de acceso a José; era sin duda la puerta definitiva a una amistad genuina, aunque nada qué hacer con los cinco; como sabemos a Belaunde hubiera deseado ser contado quizá como el sexto de los varios. Para esa fecha José había ido desarrollando ya lo que sería una honda amistad con Gálvez, a quien tenemos presente en el entorno social de los cinco, pues era también a su manera parte de la republiquita aristocrática del 900.

El Belaunde de 1908 y que estaba por hacerse su amigo, admiraba inmensamente a Riva-Agüero. Es verdad que ese debía ser el caso de muchos en el entorno universitario, pues no escapaba a nadie la brillantez ni el linaje del autor de *Carácter de la literatura*, pero «-ese muchacho-» sería perseverante en cultivar la amistad del aristócrata, que se iría reforzando hacia mediados de la década siguiente. En 1908 escribió sobre él Belaunde en el entonces prometedor ensayo de historia y sociología política *El Perú Antiguo y los modernos sociólogos*. En efecto.

Como *Carácter de la literatura*, el texto de sociología política de Belaunde estaba ligado al tema de la nacionalidad peruana. José es tratado en el libro de 1908 como «-nuevo sociólogo-», esto es, como la generación joven de filósofos políticos y teóricos del Estado, que es lo que realmente era José para quien lo juzgara entonces por su libro de 1905. Este estaba lejos de ser un tratado de literatura, que es como hoy tristemente se lo recuerda. Belaunde se refiere con admiración a la obra de José de 1905: «-Debemos cerrar el examen de las doctrinas de los sociólogos y modernos historiógrafos, haciendo una síntesis del estudio de José de la Riva-Agüero-» (Belaunde, 1908, p. 11). Tal vez había comprendido Belaunde bastante mejor que Ricardo Palma, quien parecía haberse adelantado a su tiempo en errores, que lo que allí era intención del autor comunicar era un programa de teoría política a través de una investigación narrativa del «espíritu del pueblo» peruano. Esto en cambio lo habían notado no sin fastidio ya Francisco y Miguel de Unamuno, pero más aún el filósofo Alejandro Deustua, como se invita al lector a verificar en la correspondencia con José que se halla en las *Obras Completas* del Instituto Riva-Agüero.

Belaunde destacó en su vida como profesor universitario enseñando filosofía moderna. Como Deustua, pues, tenía interés en cuestiones de filosofía, y mostraría preferencia por la filosofía política en un periodo que coincide con la composición de *Concepto del Derecho* (1911-1912) de José, sobre cuya redacción es fácil imaginar hubieran conversado con Víctor Andrés. De hecho, entre los filósofos modernos, Spinoza —el Baruch Spinoza político— llegaría a ser citado en el colofón del impreso (*cf.* Riva-Agüero, 1912, pp. 112-115), sin duda por sugerencia de Belaunde a falta de otro candidato. Esto es singular, pues Riva-Agüero no era amigo de lecturas filosóficas modernas, sino las que le eran más bien contemporáneas; autores del estilo Glumpowicz, George Simmel o Nietzsche ocupaban el lugar de los filósofos modernos que Belaunde leía y que le valdrían ser profesor de filosofía en San Marcos. José iba más por la psicología y sociología políticas del estilo de Wundt o Gustave Le Bon. Con la excepción de Spinoza, los autores modernos clásicos: Descartes, Leibniz, Locke, Kant, no estaban dentro de los intereses de José y es altamente improbable que haya leído obras de estos personajes. De hecho, el que Belaunde hubiera logrado que Spinoza le resultara fascinante a José indica algo de la intensidad de su trato intelectual en el

periodo que va desde 1908 hasta 1912, fecha de impresión de *Concepto del Derecho*. Es así como tentaba acertadamente Belaunde un cariño que imaginaba ya suyo y que lo sería, sin duda, después, al menos entre 1930 y 1943. Nunca tan grande como se lo ha figurado la historiografía ni lo ha imaginado la memoria entusiasta del pensador católico.

Es difícil percibir a la distancia las diferencias entre el Belaunde y el Riva-Agüero de 1908. Belaunde quería amistad con quien en esas fechas era considerado un genio del pensamiento nacional y cuyo único rival, Francisco, estaba hacía largo en París. No es que Belaunde careciera de talento, o careciera de fama propia; es que no encajaba en el entorno de «-los cinco-» tal y como los recuerdan Ventura o Francisco o él mismo, José, el del colegio francés al final de Amargura. No ayudaba a Belaunde el que hubiera entre ellos, aparte de un cierto trato social, también otro literario y político: el Belaunde lector de Spinoza, en particular del *Tractatus Teologico-Politicus*, era un conservador liberal que no sabía francés; no frecuentaba casi nada de las lecturas, del universo cultural parisino que soldaba la amistad con los «-cinco-»; para colmo, Víctor Andrés era un liberal muy español: todo un extraño por tanto incluso para el más igualitarista y burkeano de todos los amigos afrancesados de la Recoleta, Francisco.

Je ne le connais pas!

En 1908 el augurio sombrío de los extraviados, los nerviosos y los muertos se opacaba con la nueva gente, o con la renovación de gente conocida. La república chiquita tuvo una extraña sustitución poblacional. En efecto. Para ese entonces Belaunde era ya amigo de Óscar Miro Quesada, que en el futuro sería también cercano a Riva-Agüero; los años siguientes compartirían ruta los tres, sin llegar a compromisos excesivos. Miro Quesada sería parte de una lista diminuta pero notoria de amigos nuevos. En sus primeros años pasaría por filósofo y «-psicólogo-», tal y como haya podido entenderse esa expresión hacia 1910; Miro Quesada llegaría a ser notable en el mundo público y el periodismo del siglo XX, aunque es poco lo que ahora, cien años después, pueda rescatarse de él.

Con excepción hecha de Víctor Andrés Belaunde, el más destacado de los nuevos amigos, para esos años sería el periodista liberal José Gálvez. Gálvez tendría una vigencia social muy grande hasta bien

entrado el segundo tercio del siglo XX. Un amante de los monumentos, memorias y costumbres de Lima, sería autor de *Una Lima que se va* (1921), un retrato de la atmósfera infantil y universitaria del Perú del 900. Este tema lo uniría permanentemente a Riva-Agüero. Gálvez estaba especialmente vinculado a José por un cultivo nostálgico del pasado en base a los monumentos. Esto era una herencia de origen romántico que procedía a su vez de la lectura de Ricardo Palma, mentor de ambos. Para 1913 tenemos a Riva-Agüero haciendo un discurso en ocasión del matrimonio de Gálvez. Si le creemos a Gálvez, la nueva amistad de su tocayo le proveería pronto de un nuevo grupo que estaba formado, además de los conocidos por él mismo, por Alberto Jiménez, Emilio Valverde, Felipe Barreda, César Patrón, José Lora y Lora y Felipe Sassone (*cf.* Guerrero, 1944, p. 265).

La cercanía de Riva-Agüero con Felipe Barreda y su familia, el pintor y los políticos civilistas, es atestiguada por Francisco en su texto *In Memoriam*; Felipe era reconocido hacia 1910 por una historia cultural del Perú durante la Monarquía, así como por su vida universitaria, en el tenor de la postura de Javier Prado que José consideraría mediocre. Felipe Sassone, escritor, poeta precoz y severamente tratado por sus contemporáneos, se dedicaría alguna vez, años adelante –y no sin resignación— al oficio de cronista taurino; con certeza, fue cercano de Gálvez, Miro Quesada, y también de Carlos Zavala, cuya familia era muy próxima al entorno social de la familia de la marquesa.

En ese periodo que se centra en 1908 podemos situar el acercamiento de José a algunos alumnos de Derecho, con quienes compartiría carpeta primero en Ciencia Política y luego en Jurisprudencia. José inició esta clase de estudios en 1905, como se halla atestiguado en la *Revista universitaria*, que inició su existencia ese mismo año; José concluiría esos estudios de Jurisprudencia en 1908. Conoció o adquirió cercanía en ese tiempo con varios abogados que llegarían a ser auténticos amigos, en particular Carlos Arana Santa María y Héctor Marisca, como ha confirmado José de la Puente (F. 27/09/2009, p. 1). Arana iba a ser su albacea testamentario después de su muerte. Marisca sería su abogado en el periodo postrero de su vida y le haría gran lío con su herencia. En diversos momentos, ambos personajes, los dos connotados abogados, se consagrarían al ingresar al Estudio jurídico de Manuel Vicente Villarán (*cf.* Avendaño, 1964, p. 93) De acuerdo al testimonio oral de José de la

Puente Candamo, la amistad con Arana, destacado burócrata que alguna vez fuera, fue bastante intensa, aunque las fuentes escritas disponibles del conjunto de los actores no revelan mayor intimidad en el periodo que nos ocupa aquí, en principio hacia 1908-1909, que cierra no más allá de 1916; de hecho, no hay mención de ningún tipo sobre Carlos Arana, lo cual hace sospechar que la amistad, que lo llevaría alguna vez a ser albacea de los bienes de José después de su muerte, debe ser posterior al regreso de José de su larga estancia en Europa, es decir, posterior a 1930.

Luego de 1910 podemos situar una lista de amigos, algunos ya extrañamente «nuevos», que es muy fácil pensar algunos de los cuales doña María de los Dolores Carmen no desearía aceptar en la casa de Ramírez de Arellano. La lista incluiría, aparte de Gálvez y Miro Quesada, a los más jóvenes Enrique Barboza (un futuro admirador del Duce y de la filosofía de Benedetto Croce) y –sobre todo— a Mariano Iberico, este último el más importante filósofo bergsoniano que jamás tendría el Perú. José haría una apología de su tesis doctoral en San Marcos, aunque las obras que la posteridad ha considerado notables para este filósofo oriundo de Cajamarca solo serían escritas en la década de 1920, con excepción de su –en cierto sentido tardía— *La Aparición* (1951), obra maestra de la literatura filosófica del Perú del siglo XX. En cierto sentido, esta sería la lista de amistades universitarias, las que lo acompañarían en lo que sería su breve paso por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde sería nombrado catedrático adjunto en 1916.

En 1916 Riva-Agüero dio un banquete en honor de la sustentación de la tesis de Iberico sobre Bergson, en un ambiente que es ya bien distinto del de la Recoleta dominica y la calle de la Amargura. Podemos clasificar a estos nuevos como los amigos «-espiritualistas-», pues eran los compañeros de ruta universitaria de la vida que llevaría Riva-Agüero en San Marcos más o menos desde que se alejaron los García Calderón hasta 1919, en que quien se alejaría de la Universidad de Lima sería él mismo en un barco para ir tras sus parientes españoles y sus femeninos compromisos franceses (a los que algún día nos consagraremos). Estos «-espiritualistas-» habían sido todos discípulos universitarios de Alejandro Deustua, el gran filósofo de Lima, figura que debía equipararse en el siglo XX solo a la de Francisco Miro Quesada. Estos amigos sí eran intelectuales todos, pero ninguno había sido su amigo realmente antes de 1908. Dados al misticismo, el autoritarismo y la religión, termi-

naron en el largo plazo pareciéndosele sin embargo bastante poco. A lo largo de la década siguiente habrían de confluir todos en un entorno de influencias que iba a ir tramando Belaunde. Un cuarto de siglo después Belaunde pasaría a ser, no solo amigo, sino incluso pariente de Riva-Agüero, pues Belaunde contraería matrimonio con Teresa Moreyra, que era su prima. Nunca tan amigo como la historiografía hace creer.

Pero… no viaje la memoria después de 1908.

Hacia 1908 José, pues, deprimido, iba ampliando los horizontes. Enfrentó su neurastenia de estos años con la estrategia de rodearse de otra gente nueva, no ya más los camaradas del colegio o personas de su linaje, sino gente de la universidad, personas de clase media y lecturas variadas que tuvieran algo interesante de qué conversar con él que no fueran las frivolidades que es sencillo imaginar en el fino de Zavala o los nerviosos hermanos De la Torre. Debió ser un trance muy difícil, pues consta una cierta falta de apertura de su madre, la marquesa. En un apunte de Francisco García Calderón se lee que cuando a doña Dolores se le presentaba un personaje social «-nuevo-», quizá un mestizo, un chino o un provinciano (esos novecentistas de verdad que fueron sus juntas) esta respondía con un gesto terrible de desprecio y una frase lapidaria: "*-Je ne le connais pas!-"* (García Calderón, 1944, p. 23). Francisco sabía quiénes lo habían reemplazado, a él y a los cinco niños bonitos del colegio.

Para 1908 no contaban mucho ya los límites, fueran de apellido, raza o el sexo y, singularmente, con esta estrategia su madre dominante podía ser puesta a un lado, apegada como era a la endogamia social. Se acercaría así, por interés académico, primero a connotados mayores, como Alejandro Deustua, el profesor de San Marcos Pablo Patrón o el arqueólogo Max Uhle, pero se habrían de contar pronto entre los nuevos también gente de su propia edad, para quitar sospechas de amante de viejos: los nuevos y desconocidos sanmarquinos del 900 que salían de abajo. Este es el origen de su amistad con el arqueólogo de origen indígena Julio C. Tello (1880-1947), a quien patrocinó en una campaña electoral y por quien tuvo acceso a las leyendas de Huarochirí. En la misma línea, iniciaría un trato frecuente en los años que siguen con Zoila Cáceres, connotada feminista, que lo estimaría siempre, así como la relación con el filósofo pragmatista Pedro Zulen (que era de origen chino) y su pareja, Dora Mayer de Zulen; todos gente singularmente dispar

respecto de los intereses, clase y abolengo del sabio hijo de la marquesa de Montealegre de Aulestia. Junto con ellos, sumándose el sociólogo positivista Joaquín Capelo, José fundaría la Asociación Pro-Indígena (*cf.* Kapsoli, 1980).

Dora Mayer, Julio César Tello, Pedro Zulen… ¡Vaya una generación de conservadores y aristócratas del 900! Estos amigos de 1908 en adelante no eran ya nada de la república aristocrática chiquita de la que José había sido el líder; nada de aristócratas. En realidad, si había una república de amigos, esta era burguesa; llena de unos nuevos, unos burgueses de cultura, sin renta, imaginativos, ambiciosos, pintorescos o empobrecidos, como Belaunde; todos educados, lectores actualizados, interlocutores interesantes y finos de una manera rara para el paje del que José solía ir acompañado cargando los trajes y los papeles. Estaban además estos nuevos intelectuales muchísimo más alejados de él que Belaunde, el exitoso sociólogo arequipeño que lo admiraba tantísimo. Belaunde habría de contarse pronto entre estos elegidos nuevos, allí donde de «-el grupo-» y «-los cinco-» ya no había sino el fantasma de alguna confusión infantil de la que José no deseaba sino el olvido. Frente a este escenario puede imaginarse sin sorpresa el lector la perplejidad displicente y lejana, la extraviada mirada nerviosa de la marquesa de Montealegre de Aulestia, doña María de los Dolores Carmen. Con seguridad, la marquesa no comprendía bien qué era lo que estaba pasando.

Referencias bibiográficas

Alarco, L. F. (1951) «-José de la Riva Agüero-», en: *Pensadores peruanos*, Sociedad Peruana de Filosofía, Lima, pp. 75-93.

Avendaño, J. (1964) «-Manuel Vicente Villarán-», en: Hernán Alva (Editor), *Biblioteca Hombres del Perú*, Caucato, Lima, t. XXXIX.

Basadre, J. (1944) «-Crónica nacional: José de la Riva-Agüero-», en: *Historia. Revista de Cultura*, núm. 8, pp. 449-455.

Basadre, J. (1985) *Peruanos del siglo XX,* Lima: Ediciones Rikchay Perú,.

Baumer, F. (1985 [1977]) *El pensamiento europeo moderno, continuidad y cambio*

en las ideas, 1600-1950, México: Fondo de Cultura Económica.

Belaunde, V. A. (1908) *El Perú Antiguo y los modernos sociólogos* (Tesis para optar el grado de Doctor en Jurisprudencia en la Universidad de San Marcos), Lima: Imprenta y Librería de San Pedro.

Belaunde, V. A. (1967) *Trayectoria y Destino. Memorias completas*. Estudio preliminar de César Pacheco Vélez). Lima: Ediciones de Ediventas, 2 t.

Bobadilla, F. (2007) «-José de la Riva-Agüero y Osma o el intelectual antimoderno-», en: *Mercurio Peruano*, vol. 502, pp. 46-81.

Bustamante y Rivero, J. L. (1946) «-José Luis Bustamante y Rivero-», en: *La ideología de don Francisco García Calderón*, París: Desclée de Brouwer.

Castro y Oyanguren, E., (1920 [1907]) «-Un libro de Riva-Agüero-», en: *Páginas Olvidadas*. Lima: Edición «Cervantes», pp. 195-200.

Copello, R. (2003) «-Deustua y su opción por la libertad. Una alternativa en el Perú de principios del siglo XX-», en: VV AA*, Filosofía y sociedad en el Perú*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, pp. 167-185.

Delgado, L. H. (1947). *Ventura García Calderón*. Lima: Latino América Editores.

Escobar., A. (1964). «-Ricardo Palma-», en: Alva Orlandini, H. (Ed.), *Biblioteca de hombres del Perú,* Editorial Universitaria, Lima, Primera Serie, X, pp. 3-55.

García Calderón, F. (1904) *De Litteris (crítica)*. Con un prólogo de José Enrique Rodó, Lima: Librería e imprenta Gil,.

García Calderón, F. (1906) «-La tesis de José de la Riva-Agüero-», en: *El Ateneo. Órgano del Ateneo de Lima*, vol. 7 núm. 41, pp. 205-227.

García Calderón, F. (1944), *In Memoriam*, Ginebra: Éditions de la Fré-

gate.

García Calderón, V. (1938), *Ricardo Palma*, Brujas: Desclée de Brouwe,.

García Calderón, V. (1946 [1936]), *Nosotros*, París: Casa Editorial Garnier Hermanos.

Giusti, M. (1991) «-La irrealidad nacional-», en: *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, núm. 18, pp. 91-106.

González, O. (1989). «-El parricidio de un centenarista. Las cartas de Luis Alberto Sánchez a José de la Riva-Agüero-», en: *Socialismo y participación*, núm. 60, pp. 37-50.

González, O. (1996). *Sanchos fracasados: los arielistas y el pensamiento político Peruano*, Lima: Ediciones Preal,.

Guerrero, L. (1944) «-Conversaciones con José Gálvez-», en: *Historia. Revista de Cultura* (Lima), núm. 7, p. 265.

Jiménez Borja, J. (1966) «-José de la Riva-Agüero-», en: Alva Orlandini, H. (Ed.).

Biblioteca de hombres del Perú, Lima: Editorial Universitaria, , vol. XL, pp. 4-64.

Kapsoli, W. (1980) *El Pensamiento de la Asociación Pro Indígena*, Cusco: Centro Bartolomé de las Casas.

Kapsoli, W. (2002) *Unamuno y el Perú*, Lima: Universidad de Salamanca/ Universidad Ricardo Palma.

Loayza, L. (1990) *Sobre el 900*, Lima: Hueso Húmero.

Ortega, J. (1987 [1964]) *Ventura García Calderón*, Lima: Editorial Monterrico.

Pareja Paz Soldán, J. (2008 [1968]). *El maestro Belaunde. Vida, personalidad yPensamiento*, Lima: Instituto de Estudios Social Cristianos.

Peña, A. (1987) «-José de la Riva-Agüero, Francisco García Calderón y Víctor Andrés Belaunde, visión y propuesta conservadora-», en: Adrianzén, A. (Ed.) *Pensamiento político peruano*, Lima: DESCO, pp. 135-150.

Puente, J. A. de la (1955). «-José Riva-Agüero y Osma (1885-1944)-», en: *Mercurio Peruano*, vol. 29, núm. 333, pp. 3-24.

Puente, J. A. de la (2007-2008) «-Riva-Agüero y su casa de Lártiga-», en: *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, vol. 34, núm. 21-43, pp. 189-199.

Puente, J. A. (2008) «-José de la Riva-Agüero ante la condición humana-», en: VV.AA. *La intelectualidad peruana del siglo XX ante la condición humana*, Lima: Gráfica Euroamericana, , vol. II, pp. 9-15.

Riva-Agüero, J. (1905) *Carácter de la literatura del Perú independiente*, Librería Francesa Científica Galland, Lima: E. Rosay editor,.

Riva-Agüero, J. (1908) *Examen de la Primera Parte de los Comentarios*

Reales de Garcilaso de la Vega. Fragmento de un ensayo sobre historiadores peruanos, La Opinión Nacional, Lima.

Riva-Agüero, J. (1910) *La Historia en el Perú*, Lima: Federico Barrionuevo.

Riva-Agüero, J. (1911) *Fundamento de los interdictos posesorios. Tesis para el bachillerato en Jurisprudencia,* Lima: Imprenta «El Progreso Editorial».

Riva-Agüero, J. (1912) *Concepto del Derecho. Ensayo de filosofía jurídica*, Lima: Librería Francesa Rosay.

Riva-Agüero, J. (1916) «-Elogio del Inca Garcilaso-», en: *Revista Universitaria. Órgano de la Universidad Mayor de San Marcos*, vol. 11, núm.1, pp. 333-413.

Riva-Agüero, J. (1921) *El Perú histórico y artístico, influencia y descendencia de los montañeses en él.* Santander: Talleres tipográficos Martínez.

Riva-Agüero, J. (1932) *Un discurso notabilísimo del doctor José de la Riva-Agüero y Osma. Conmovedora retractación de un pensador peruano*. Madrid: Huelves y Cía.

Riva-Agüero, J. (1933) *Importante discurso del Sr. Dr. José de la Riva-Agüero y Osma*, Lima: Empresa Editorial Excelsior.

Riva-Agüero, J. (1961-2019) *Obras completas*, Lima: Instituto Riva-Agüero.

Rivera, V. S. (2009) «-El marqués de Montealegre de Aulestia. Biografía española de un nacionalista peruano-», en: *Escritos* [Medellín], vol. 17, núm., 39, pp. 410-449.

Rivera, V. S. (2010) «-Teología política. José de la Riva-Agüero, lector de Juan Donoso

Cortés (1903)-», en: *Tesis, Revista de Investigación de la Unidad de Postgrado de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos*, vol. 4, núm 4, pp. 99-125.

Rivera, V. S. (2017) *Tradicionistas y maurrasianos. José de la Riva-Agüero (1904-1919*), Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Sánchez, L.A. (1944) *Balance y liquidación del 900*, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos,.

Sánchez, L.A. (1985) *Conservador no, reaccionario sí, ensayo heterodoxo sobre José de la Riva-Agüero y Osma, Marqués de Montealegre y Aulestía* [sic], *seguido de su correspondencia con el autor*, Lima: Mosca Azul Editores.

Tealdo, A. (1941) «-Don José de la Riva-Agüero. Una extraordinaria cultura en un espíritu valiente-», en: *Turismo* (Lima), julio de 1941, vol. 6, núm., 62, pp. 13-14.

Recibido: Setiembre 2020
Aceptado: Octubre 2020